

crecido, en consecuencia, el precio de los elementos necesarios de la vida.

Termino este informe dando gracias al Excelentísimo Señor Presidente de la República, nuestro Patrono, por las exquisitas muestras de benevolencia con que se ha dignado favorecernos; a V. S., a quien contamos con orgullo entre nuestros colegas, catedráticos y consiliarios, por su nunca desmentida fidelidad a esta fecunda Madre nuestra.

Dios guarde a V. S.

R. M. CARRASQUILLA

DEL EPISTOLARIO DE GABRIEL Y GALÁN (I)

Guijo de Granadilla, 6 de julio de 1901.

Mis buenos amigos:

Ya me quedé sin madrecita. Se me murió el día treinta de junio, a la una y media de la mañana. Dios lo ha querido así: bendita sea la voluntad de Dios.

Me avisaron el 3 de mayo, y llegué allá el mismo día. Tenía afección de corazón. Yo comprendí que aquello era gravísimo, que se me moría la madrecita de mi alma, y a su lado pasé treinta y ocho días horribles, que me han dejado el espíritu aplastado.

Aquella cristiana alma no se rindió al dolor físico. Los tormentos de una asfixia de treinta días de duración no arrancaron de aquellos labios benditos más que palabras de santa, ni desviaron del Crucifijo la mirada de aquellos ojos queridos, donde había tanto amor para cuatro hijos locamente enamorados de aquella adorable madre.

(1) Tienen para mi estas cartas toda la delicadeza y poesía de sus versos; no se pueden leer sin profunda emoción.

«Se muere como ha vivido,» nos decía el sacerdote que la auxiliaba.

Un día nos pidió que la confesaran, y al siguiente solicitó la visita del Señor, al que recibió con tal fervor, que la hizo llorar de amor, de amor al Sacramento Santísimo.

Y después sucedió lo que yo no he visto nunca; lo que al mismo señor cura puso lleno de entusiasmo y de alegría; lo que a cualquiera edifica.... Nos dijo que iba a morir, y que antes que llegara el momento en que la agonía pudiera obscurecer su entendimiento quería recibir la santa extrema unción, y así lo hizo, contestando ella misma las palabras del sacerdote. Y más tarde nos pidió la bendición de Su Santidad, que ella misma leyó con devoción y entereza, pues Dios quiso duplicar en ella las fuerzas corporales en el último período de aquella vida ejemplar.

Pocas horas después moría en mis brazos, como el que se entrega al sueño, la madrecita de mi corazón, aquella que bendecía al Señor porque la dejaba morir rodeada de los hijitos de su alma y del esposo querido, que había sido su más grata compañía durante cuarenta años.

No acabaría de escribir en muchas horas, amigos míos, si yo les fuera a contar las palabras de consuelo, los consejos exquisitos, las bendiciones para el Señor que salieron de aquellos labios cuando mayores eran los sufrimientos corporales, que eran prueba del temple cristianísimo del alma de mi amante madrecita.

Todos estos consuelos nos ha dejado para ayudarnos a resistir el dolor de su apartamiento de nosotros, que es un dolor sin palabras; que no las hay para expresar estas cosas.

Pero el ejemplo suyo nos tiene a todos resignados, después de la bondad de Dios.

Rueguen ustedes al Señor por la madrecita que acabo de perder, y Dios se lo pagará.

Y siempre se lo agradecerá con toda el alma su amigo,

JOSE MARIA

Mi querido Crotontilo (1): También me quedé sin padre. Se me murió hace doce días casi repentinamente, cuando estaba viviendo una vida llena de energía y de salud. De los consuelos humanos sólo he tenido uno, pero grande, como todos los que nos da nuestro Dios: el consuelo de abrazar aquellos restos queridos antes de ser sepultados; el consuelo infinito de tener entre mis manos aquella cabeza blanca; el consuelo de tener muchas lágrimas, ríos de lágrimas que cayeron sobre ella, que la empaparon.... Mi padrecito ha ido a la sepultura ungido con lágrimas de hijos buenos, ungidas sus manos, sus pies, su pecho, su cabeza.... Le tuvieron dos días sin enterrar, porque el padre de los cuatro hijos—dos ausentes—merecía aquel semidivino embalsamamiento, aquel baño purísimo de lágrimas con que todos nuestros amigos presentes allí sabían que nosotros habíamos de preparar aquellos restos queridos para llevarlos a la tierra bendecida, bendecida por Dios y santificada ya por aquellos otros restos venerados de nuestra madre, de nuestra santa.

Ya quedaron allí juntos, en aquella capillita venerada, en tierra de Dios, mis padrecitos queridos, los que supieron criar hijos que han sabido llorar sobre sus cadáveres a la manera cristiana, porque abajo cayeron tantas lágrimas como oraciones subieron a los cielos. ¡Qué buenos fueron, qué buenos fueron!.... Si tú lo supieras bien.... Yo, al dejarlos en aquella tierra santa, al

(1) Seudónimo que emplea don José C. Castro, redactor de *El Adelanto*, diario de Salamanca.

salir de aquella casa, al dejar aquel pueblo de mis ya muertos amores, creí me que ahogaba de ansia. Estuve un rato olvidado de lo que tengo en el mundo—¡Dios me perdone!—y me vi solo: sin padre, sin madre, sin patria. Y nunca podré decir todo lo que tuve el valor de padecer cuando, parando el caballo, cara a cara con toda mi vida, que se veía desde la cumbre de aquel monte que recogió mis miradas de niño y de adolescente feliz, le di a todo un adiós de aquellos que no se pueden repetir sin peligro de morir.

¡Y mira tú lo que es Dios! Al dejar de verlo todo y descender la cuesta del otro lado de aquel monte, cuya subida me parecía mi calvario, su cumbre la muerte y la bajada de la opuesta pendiente un descendimiento a la sepultura, me hizo explosión a la cabeza el recuerdo de mis hijitos y de su madre, que decía: Y nosotros?

Te digo que me sentí resucitar. Y al darle las gracias a Dios, me dije: Y Dios?

Y mira tú qué misterios, porque otra cosa no es: se había acabado la cuesta, y ya iba yo por un valle que me hizo recordar lo del «valle de lágrimas» que decimos en la Salve y pensar de esta manera: Sí, un valle de lágrimas, pero en él están mis hijos con su madre, y después de él está Dios.

Y así es de bueno Dios, que pone detrás de cada pena un consuelo humano, y luego se nos da El mismo como supremo consuelo.

Y aquí me tienes, rezando y llorando a mis muertos queridos y arrancándoles a mis pequeñuelos unos besos que son gotas de bálsamo milagroso....

Mil veces más que tus cariñosas palabras de consuelo, y eso que me valen mucho, os agradezco una oración por el alma de mis padres. Dios os pagaría mejor que yo esa merced.

Todas estas intimidades tristes, bien sé yo que no suele nadie contarlas a los demás, porque los demás llevan todos también una cruz sobre los hombros y un poema dentro del alma.

Pero a ti quiero contártelas: me hace un bien muy grande.

Te abraza tu amigo,

JOSE MARIA

RUDIMENTOS DE ESTETICA

(Conclusión)

Lo ridículo, lo cómico, lo grotesco y lo monstruoso, son los diferentes grados de la fealdad, los cuales pueden existir en todo orden de cosas, y provienen de exageraciones y contrastes. Una caricatura es ya ridícula, ya grotesca, según la mayor o menor exageración de los rasgos. El ridículo moral se produce «cuando un individuo se halla en situación falsa, no sólo ignorando que lo está sino suponiendo encontrarse en otra muy distinta» (1): es el caso de los vanidosos, cuyo tipo es *El lindo Don Diego* de Moreto. Cuando con grandes medios se produce un efecto pequeño, resulta lo cómico. Tal es la descripción grandiosa de un objeto trivial, y el contraste entre los hechos y palabras de un fanfarrón.

Lo grotesco inspira casi siempre repulsión a la gente culta y divierte al vulgo. Lo monstruoso inspira horror a todos.

Pero como ningún sér es absolutamente malo, el mal puede ser objeto del arte, no en sí mismo, sino por estar acompañado de cualidades bellas: con tal

(1) Alonso Cortés, *Preceptiva*.